

# LIBROS

---

# PRESENTACIÓN DEL LIBRO DE SAÚL FRANCO, *EL QUINTO: NO MATAR. IEPRI,* UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA, 1999

---

Héctor Abad Faciolince

**Y**o, en realidad, no estoy aquí por cuenta mía, sino que vine a reemplazar a otra persona, quién, si bien hubiera querido presentar el libro de Saúl Franco, por motivos de fuerza mayor no ha podido venir esta tarde al paraninfo. Esta persona se me apareció tardísimo la otra noche, y me aconsejó que –para empezar– les recordara el principio de esa famosa tragedia que se llama *Hamlet, príncipe de Dinamarca*.

Algunos de ustedes se recordarán, seguramente, que poco antes de que el fantasma de su padre se le aparezca a Hamlet, ese joven atormentado e indeciso alcanza a decir: “Los actos criminales saltarán a la vista de los hombres por mucho que intenten sepultarlos bajo la tierra de la tierra”. Poco después el fantasma del rey Hamlet empieza a hablar y le cuenta a su hijo Hamlet de qué manera y por quién fue asesinado. Al final le encomienda, además, la tarea que será la tragedia personal de Hamlet, pues él nunca va a ser capaz de acometerla: *Revenge the most foul, strange and unnatural murder*, “¡Véngate del más repugnante, inaudito y monstruoso asesinato!”.

En mi copia de *Hamlet*, él y su padre, cuando hablan, están indicados por la letra H. Cuando uno lee el libro es inevitable mezclar la propia experiencia vital con lo que ese libro

dice, y para mí fue inevitable poner en esas haches otros nombres. Así mismo, cuando leí la dedicatoria del libro de Saúl Franco (“A las 338.378 víctimas de homicidio en Colombia entre 1975 y 1995, para que su sangre se convierta finalmente en semilla de paz, equidad y convivencia”), también en esa cifra yo hice lo que probablemente cualquiera de los que hoy estamos aquí podríamos hacer: restarle un uno a esa cifra, 338.378 dejarla en 338.377, y ponerle a ese dígito anónimo la letra de un nombre querido. Yo le puse la letra H, la letra de Hamlet y la letra del fantasma que hoy les hubiera querido presentar este libro.

El fantasma que no pudo venir a este lanzamiento, como ustedes ya habrán comprendido, es un viejo profesor de la Facultad de Medicina de esta misma Universidad, el cual siempre hablaba de Saúl Franco cómo de uno de sus discípulos predilectos. En 1962, cuando ser violentólogo no era todavía una especialidad nacional, Héctor Abad Gómez escribió un ensayo que está citado en el libro de Saúl, se llamaba “Epidemiología de la violencia”, y tenía el enfoque novedoso de tratar los homicidios como una peste, como una enfermedad: a veces los bacilos, los virus y las bacterias se ensañan contra una comunidad:

cólera, polio, tuberculosis, rabia..., pero en otras ocasiones el organismo vivo más pernicioso para los seres humanos es nada menos que una especie de parásito gigantesco, de nuestro mismo tamaño: otro ser humano.

En la lucha contra enfermedades, la relación natural de los seres humanos (la de su propio sistema inmunológico y también la de los médicos) es intentar exterminar al invasor: el hongo de la penicilina asesina al estreptococo. Pero el remedio, en el caso de la violencia, resulta igual a la enfermedad: si un serbio mata a un kosovar, entonces yo mato a un serbio. Pero las cuentas no dan. Intento hacer una resta y lo que resulta es una suma. En términos epidemiológicos, si se combate a la peste humana con los métodos tradicionales (destruir al agente patógeno), no se hace otra cosa que traer más peste, es decir, aumentar el número de los apestados, de los muertos.

Ésta es la paradoja a la que se tiene que enfrentar un médico cuando se comporta como un "poliatra" (esta palabra la inventó mi fantasma), es decir como un médico de la polis, de la sociedad. El enfoque de este libro, *El quinto: no matar*, es un enfoque de "poliatra". Como tal, intenta desenmarañar el enredo de nuestra epidemia de violencia. Trata de establecer con exactitud quiénes son las víctimas, es decir, la población más susceptible de ser apestada, busca los sitios donde los focos de infección son más agudos, y también los momentos de mayor virulencia. Correlaciona estos estados críticos con diversas coyunturas de nuestra situación política, económica o cultural, e intenta definir si esa correlación incluye, también, algunas relaciones de causalidad. En el método científico uno de los asuntos más delicados es no ir a confundir la correlación con la causalidad. Mi fantasma solía poner un buen ejemplo para diferenciar estas dos categorías: en una escuela norteamericana un estudioso averiguó que las personas que tenían un número de zapato más grande tenían mejor ortografía. Encontró, entonces, una correlación entre el ta-

maño del pie y la buena ortografía: cuanto más calza una persona, mejor ortografía tiene. Pero, ¿hay relación de causalidad entre el tamaño del pie y la ortografía? Por supuesto que no. La relación de causalidad viene dada por la edad: a mayor edad, más años de escolaridad y por lo tanto, mejor ortografía. La relación de causalidad es con la edad y no con el número del zapato.

En la teorización del trabajo de Saúl Franco no se cae nunca en fáciles causalidades cuando se hallan correlaciones, aunque las ganas (por lo menos *mis* ganas) siempre son muchas. Hay, por ejemplo, correlación entre los años de mayor violencia en Colombia y los gobiernos de Virgilio Barco y César Gaviria. Me resisto a creer que en esa simple correlación no haya también elementos de causalidad.

En el libro del profesor Franco hay, entonces, teoría, es decir, un conocimiento previo de los problemas que se van a analizar y que están delimitados y definidos en la primera parte del libro; viene después una detallada y exhaustiva presentación de datos: cifras, tendencias, herramientas de medición que tienen la mayor precisión que he encontrado hasta ahora en los textos de consulta sobre el tema. La paciencia de Franco ha superado, hasta donde es posible, las innumerables limitaciones e imperfecciones que hay en Colombia para la recopilación estadística (y una recomendación táctica del libro es que se mejore nuestra información sobre todos los episodios de violencia). El libro cede luego la palabra a los discursos de la gente sobre la violencia, en una especie de intento de orientarse en esta selva de contradicciones, mediante el sentido común de personas comunes y corrientes. Las respuestas se clasifican y tabulan de manera muy precisa, y tal vez esta clasificación es más útil que las mismas respuestas, las cuales me parecieron, a primera vista, la parte que menos entusiasmo del libro. Y vienen, por último, algunas propuestas de acción, de responsabilidad del

autor, tanto coyunturales, de ahora mismo, como estructurales, a largo plazo.

No voy a cometer el mismo error de los que en sus reseñas cuentan el final de las novelas; tampoco les voy a anticipar cuáles son las conclusiones a las que llega Saúl Franco después de analizar el gran cúmulo de datos que reunió, y de tener un detallado diagnóstico de la situación del paciente. Para que estas conclusiones suenen de verdad conclusivas y convincentes hay que leer todo el razonamiento, paso por paso, y conocer y entender bien los datos factuales que las sustentan. En ese momento adquieren el peso y la autoridad para llevar a una verdadera reflexión, y para convencernos (o convencer a quien corresponde), de la acción que se debe emprender. Las propuestas de Saúl suenan convincentes porque son la receta que da un médico después de haber auscultado detenidamente al paciente, después de haber ordenado una serie de pruebas cuantitativas de laboratorio, y después de haber interrogado a varios miembros de la familia.

El problema, por supuesto, es que las recetas de los "poliatras" (de los curadores de sociedades enfermas) no las despachan en ninguna farmacia. Estas recetas tienen que ser puestas en prácticas por amplios grupos humanos, empezando por aquellos que teóricamente los aglutinan, es decir el Estado, y por quienes mandan dentro de ese Estado, es decir los gobiernos. La fórmula de Saúl se parece a las fórmulas que han dado otros estudiosos sociales, pero llegan con el peso de un detallado estudio del problema. Y la advertencia con la que concluye es grave, pues no parece que aquí hubiera el verdadero deseo de implementar las soluciones necesarias planteadas por él y por muchos otros, y en tal caso el país parecería estar condenado al fracaso como proyecto nacional.

El fantasma, gracias al que estoy aquí esta tarde, nunca fue pesimista. Pereció, como los buenos médicos, combatiendo la peste; tratando de curar a sus pacientes resultó conta-

giado. Pero nunca pensó que íbamos camino de la disolución y que este país se iba a desbaratar. Cuando uno está en el corazón de la epidemia, en la mitad de la angustia, no puede mirar a los lados y piensa que el mundo se está acabando. Gracias a nuestra imagen internacional, y también a la idea que nosotros tenemos de nosotros mismos, somos muy dados a pensarnos siempre como un país a un paso del abismo. No creo que sea así, estábamos un tris peor en el 92, en tiempos de Gaviria y cuando las bombas del narcotráfico nos explotaban en los oídos; lo que pasa es que la historia de las sociedades se mueve muy lentamente comparada con lo que dura la existencia humana. Nosotros, a lo sumo, vivimos cien años, y los períodos históricos se demoran siglos. La conquista de una sociedad más justa y más pacífica es un proceso de años y años, y todos los atajos son demasiado inciertos, tan inciertos que pueden acabar alargando aún más el camino. Las cifras de la violencia en Colombia, que nos presenta este libro del doctor Franco, son aterradoras. Yo no quiero minimizarlas ni banalizarlas con lo que voy a decir ahora, pero lo que sí quiero resaltar es que éste país y sus habitantes, nosotros, no somos una escoria humana ni las peores lacras del universo. 340.000 muertos por homicidio en veinte años son una cifra aterradora. Pero el 6 de agosto de 1945, en una fracción de segundo, la sociedad supuestamente más civil de nuestro planeta, cometió 81.500 homicidios. En una bola de fuego perecieron casi todos los médicos de Hiroshima, y tampoco hubo enfermeras ni hospitales para atender a los miles y miles de heridos. Tres días después, en Nagasaki, cuando en Hiroshima se seguían muriendo los heridos, hubo otro holocausto. Y pocas semanas antes, con bombas convencionales, casi 90.000 personas habían perecido calcinadas en las calles de Tokio. En pocas semanas de guerra "civilizada", los benefactores del primer mundo consiguieron lo que nosotros hemos hecho en veinte años de locura. No estoy justificando nuestras balas. Nuestro país es horrible, pero

no tenemos el primer lugar en la barbarie. Pensarnos como lo peor de lo peor sólo lleva a la parálisis y a la desesperanza. Un enfermo desahuciado deja de luchar, y Colombia no es un enfermo desahuciado.

El libro de Saúl Franco es una buena herramienta para combatir nuestro permanente recurso a la violencia. Lo que no debe ser es un pañuelo más para sonarnos y limpiarnos las lágrimas de nuestros lamentos. Es una herramienta de trabajo, es un ejemplo de acción creativa, es un intento de combatir las vías de hecho por medio de la palabra y el pensamiento. En ese sentido, creo que sigue las enseñanzas de ese profesor que hoy he señalado como presente aquí, así sea de un modo fantasmal. En realidad, aunque mucho me gustaría tener una comunicación así fuera fantasmal con los difuntos, no he tenido ninguna experiencia con fantasmas y creo que la vida se termina definitivamente con la muerte. He sacado a relucir a Hamlet y al profesor de Saúl porque quise decirles que los hijos que no hemos sido capaces de vengar la muerte de nuestros padres nos sentimos ilusionados, y en cierto sentido vengados vicariamente, por las obras y la valentía de sus alumnos más valerosos, muchos de los cuales, empezando por Saúl, están hoy aquí sentados.

# AVANCES EN ENFERMERÍA

VOLUMEN XVII

Nos. 1 y 2

ENERO-DICIEMBRE 1999

Suscripciones Facultad de Enfermería, oficina 602  
(Llamar al teléfono 3165020 - 3165000 Ext. 17027)  
Suscripción anual local y nacional  
Suscripción internacional se cancela en dólares



-----  
(recorte aquí)

## CUPÓN DE SUSCRIPCIÓN

Deseo suscribirme a la revista Avances en Enfermería por el período de un año  
(Nos. 1, 2 y 3).  
(Favor escribir en letra de imprenta o en máquina).

Nombre y Apellido: \_\_\_\_\_

Enviar revista a: (Dirección) \_\_\_\_\_

Ciudad: \_\_\_\_\_ Departamento: \_\_\_\_\_ País: \_\_\_\_\_

Adjunto cheque por \_\_\_\_\_ Girado a: Fondo Especial Facultad  
de Enfermería Universidad Nacional de Colombia.

Enviar cheque a Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Enfermería, Torre de  
Enfermería, Oficina 602 Pagaduría, Bogotá, D.C.



-----  
(recorte aquí)